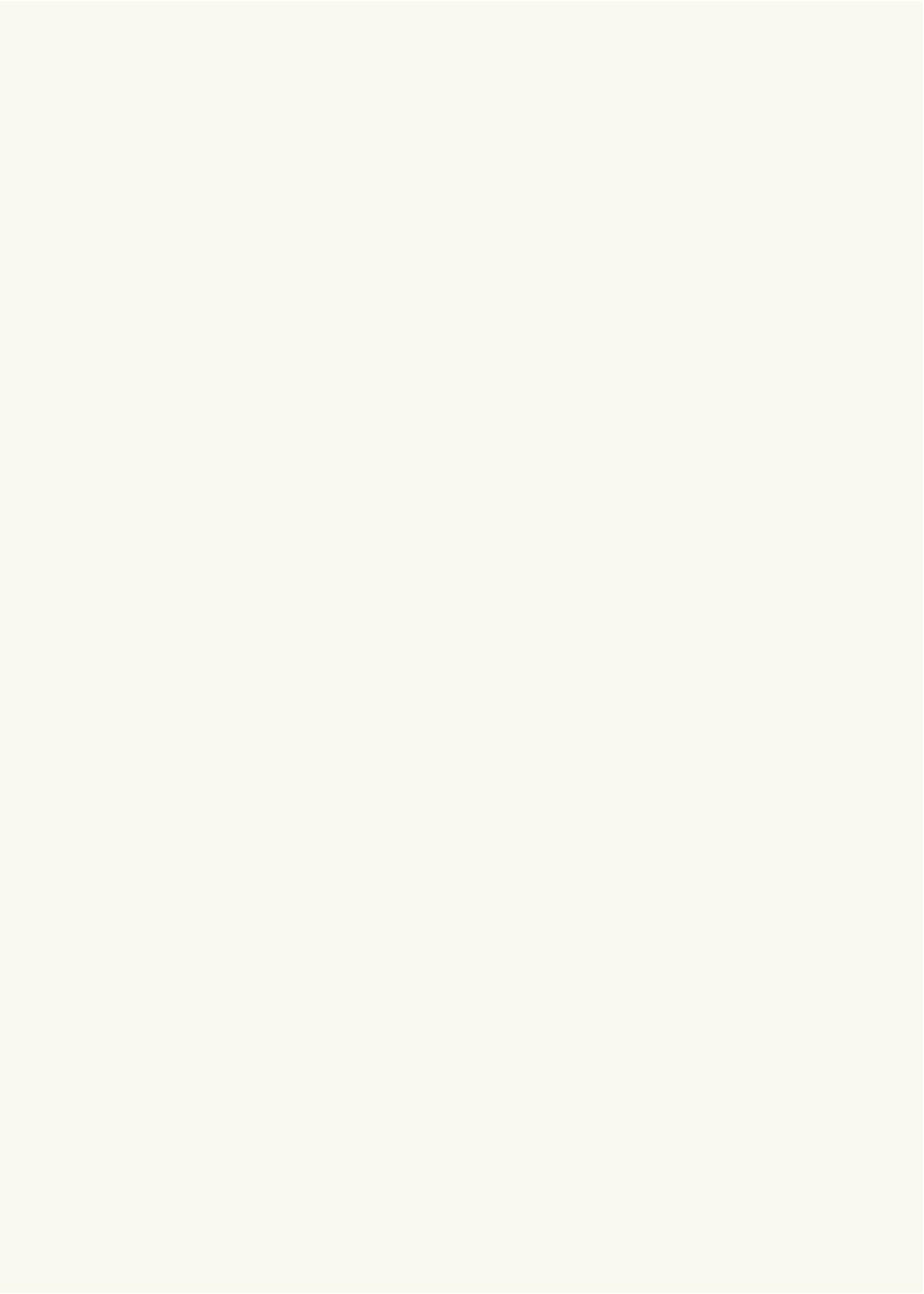
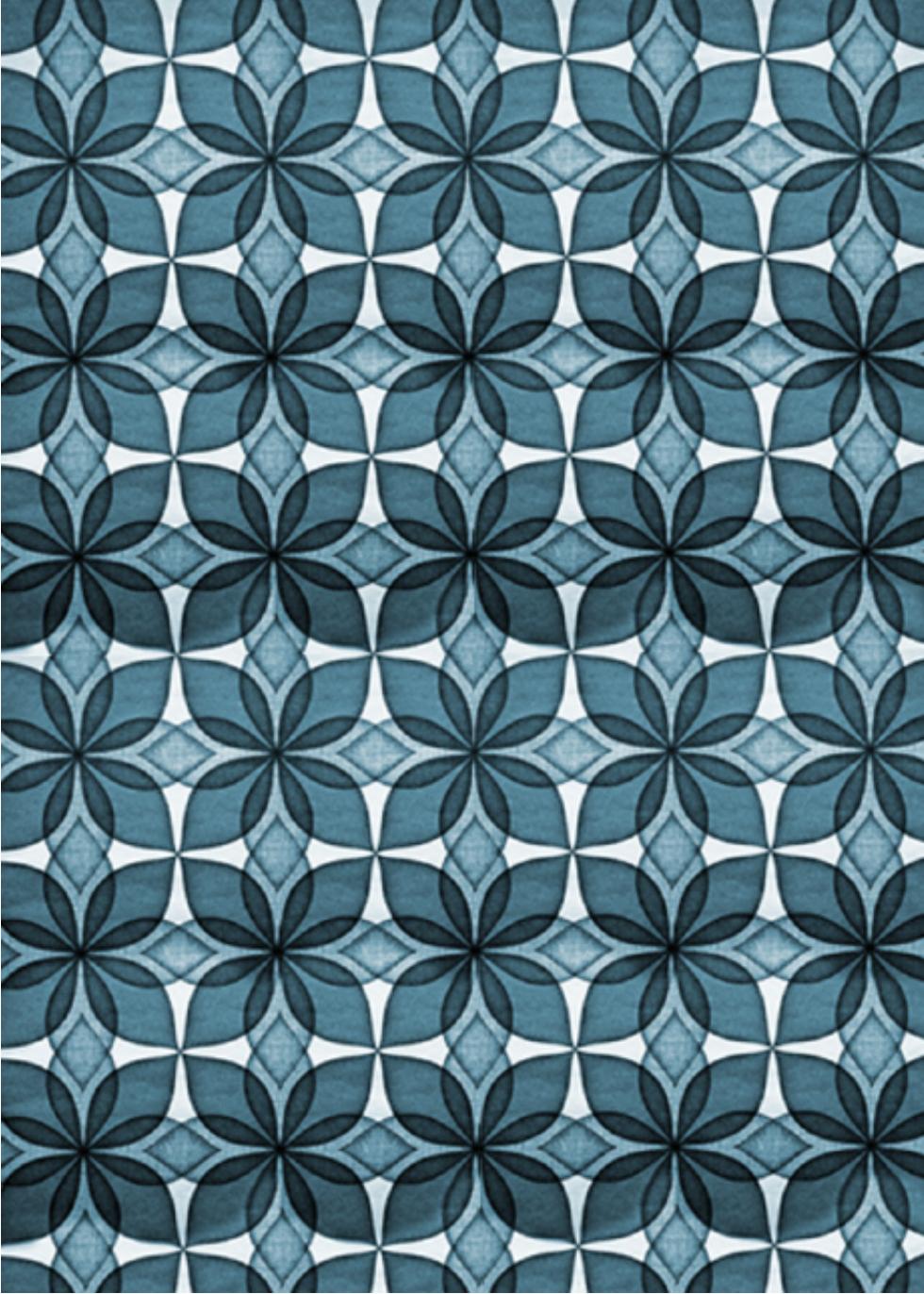


# DEJAME QUE TE CUENTE

Alfredo Rosano



# DEJAME QUE TE CUENTE

Alfredo Rosano



*Las despedidas tienen tanto de final  
como de expectativa y siempre son  
una interrupción.*

Eran los últimos días del invierno de 1976. Alfredo Rosano llevaba un pulóver rojo y se quejaba del frío. Se había encontrado con su hermana, Susana, en un bar de Uriburu y San Martín. La policía, la patota del Servicio de Informaciones, lo buscaba.

Desde junio de ese año vivía en pensiones. A veces paraba en la casa de un compañero. Una noche lo alojó el profesor que lo había preparado para rendir matemáticas en la escuela.

Los bares que Alfredo elegía para las citas debían tener dos salidas. Era una medida de seguridad por si se presentaba la policía. El encuentro con Susana, transcurrió con nerviosismo, con la tensión que rodea a quienes se saben perseguidos, amenazados, pero no tuvo mayores contratiempos. Al cabo de un rato acompañó a su hermana a la parada del 54, el colectivo que la dejaría de vuelta en su casa, España 355.

El colectivo llegó vacío. Susana pagó el boleto y caminó hasta el fondo. Por la ventana trasera saludó por última vez a Alfredo. El pulóver parecía todavía más rojo, más encendido en esa tarde de invierno.

\*\*\*

19/11/1965



INDUSTRIA ARGENTINA

En el río de Rosario  
La casa de la mamá

Alfredo tenía 19 años. Había nacido el 15 de noviembre de 1956 en Rosario, hijo de un médico y de una docente. Su historia es también la historia de una familia, una típica familia de clase media.

El padre, Carlos Rosano, provenía de inmigrantes italianos que se radicaron en Leones, en la provincia de Córdoba. Tenía tres hermanos y se mudó a Rosario para estudiar Medicina y especializarse en psiquiatría. La madre, Susana Beltrami, trabajaba como profesora de Matemáticas y Dibujo en la enseñanza secundaria.

Los Rosano eran del Rowing. Hacían remo y alguna vez iban al balneario La Florida. Las fotos y diapositivas familiares atesoran momentos felices: visitas al parque Independencia, paseos por las sierras de Córdoba, situaciones de la vida escolar. Algunas imágenes tienen anotaciones manuscritas en el reverso, una especie de ayuda memoria para situar el lugar y la fecha de un episodio que resultaba memorable por celebrar la

vida familiar: «en el río de Santa Rosa, en Santa Rosa de Calamuchita, 19 de enero de 1965»; «Jardín Zoológico, 14 de enero de 1966»; «Bebela cumple 71 años, avenida de Circunvalación, 23 de octubre de 1966».

Había algunos celos entre los hermanos, como suele pasar, y diferencias de personalidad. En una de las imágenes, Susana aparece sonriente y desenvuelta, una mano en la cintura y otra en la pierna, los anteojos sobre la cabeza; Alfredo parece más distante y concentrado, con las manos en los bolsillos y una expresión seria, y ya con anteojos, un símbolo del paso de la infancia a la adolescencia.

Carlos Rosano tenía su consultorio en la misma casa. Los fines de semana iban a Leones, para reunirse con la familia paterna. Alfredo disfrutaba de esos viajes. Le gustaba el campo de su tío Dante y andar a caballo. Era muy tímido, y entonces parecía soltarse.



También le gustaba leer, y se hizo socio de la Biblioteca Argentina. En una foto de vacaciones tomada en Bariloche, con el lago Nahuel Huapi de fondo, tiene un libro en la mano, lo sostiene de tal forma que resulta imposible observar el título. Pero quizá lo significativo no sea tanto el libro en particular como el modo en que lo aferra.

Hizo la primaria y la secundaria en el Colegio San José, que le quedaba a la vuelta de la casa. Se lo ve sereno y sonriente, tal vez un poco retraído, en su banco de la primaria. Y con saco, medias hasta la rodilla, zapatos y corbata, un día en que parece haber ido de paseo a la salida de la escuela.

La escuela integraba a la familia en picnics y kermesses que organizaba en su campo de deportes. Alfredo era malo para jugar al fútbol, pero igual se prendía en los partidos.

Empezó a militar en el San José. El profesor de Instrucción Cívica, Ángel Baltuzzi, lo llevaba a villas de la periferia de la ciudad, con otros estudiantes. En 1973, cuando Cámpora ganó las elecciones, se movilizó con los miles de personas que salieron a festejar el final de la dictadura y de la proscripción del peronismo.

Alfredo participó en la campaña por el medio boleto estudiantil, en el reclamo por la creación del centro de estudiantes de la Escuela Técnica número 7, situada frente al San José, en actos relámpago y en cortes de calle que hacían los secundarios.

La militancia agregó lecturas. Los libros de Ho Chi Minh y el Che Guevara desplazaron a los de literatura argentina y los ejemplares de *Evita montonera* empezaron a mezclarse con los de *La chacra*, la revista que compraba por su interés por los temas campestres. También le dio un apodo, Robin, y lo llevó a trabajar como albañil.



MUNICIPALIDAD DE ROSARIO  
**Biblioteca Argentina "Dr. Juan Alvarez"**  
REGISTRO DE LECTORES A DOMICILIO



Nº. de inscripción 10.165 Fecha 11 de marzo de 1971  
Apellido y Nombre ROGANO, Alfredo Mariano Luis  
Profesión (i) estudiante de Pdo., año 2do. San José  
I. E. o L. C. Nº. \_\_\_\_\_ Dto. \_\_\_\_\_  
C. L. 781-421 Población Rosario  
Domicilio Actual España 355 T. E. 47464  
Domicilio Anterior \_\_\_\_\_  
No. de carnet \_\_\_\_\_  
El Sr. Titular declara el establecimiento desde el día \_\_\_\_\_  
42

Un día escribí *Perón vuelve* en el pizarrón del colegio. Lo expulsaron. Fue a otra escuela, y también lo echaron. En medio de esos percances, el 11 de febrero de 1974 se recibió de técnico avicultor, en la Escuela El Jacarandá, de Buenos Aires.

Ese mismo mes pasó las vacaciones con la familia en Valle Encantado, en Traslasierra. Si antes posaba con las manos en los bolsillos y un gesto entre adusto y concentrado, ahora aparecía haciendo la v, más desenvuelto junto a sus padres.

También sonrío en otra foto posterior con Carlos y Susana, sus padres, donde viste un saco verde y lleva anteojos gruesos. Pero es una sonrisa cargada de ironía, como si buscara la complicidad con el que mira la imagen y la fundara en una mirada entre sarcástica y compasiva hacia sus padres.

Los conflictos de la política habían impactado en la intimidad familiar. El 1º de mayo de 1974, Alfredo estuvo en Plaza de Mayo cuando Mon-

toneros se retiró en medio del discurso de Perón que los aludía como imberbes y estúpidos, y a la vuelta, en la casa, se peleó con su padre.

La pelea fue un quiebre cuyos efectos se manifestaron de manera imperceptible y gradual en la vida de la familia. Alfredo retomó sus estudios en una escuela de San Jerónimo, donde finalmente se recibió. Entonces le regalaron un caballo y dijo que iba a estudiar Ciencias Agrarias.

Pero la militancia ocupaba el centro de su vida. La casa familiar se convirtió en un centro de reunión. Alfredo llevaba a sus compañeros a una habitación del fondo, que estaba desocupada.

—Muchos años después, todavía hoy —cuenta Susana Rosano—, me encuentro con gente que me dice “yo conocí a tu hermano”, “yo milité con tu hermano”, “yo estuve en tu casa”.

El 20 de junio de 1976 Alfredo le dijo a Susana que esa noche no se quedaría a dormir. Habían caído presos varios compañeros de la Unión de Estudiantes Secundarios. Los procedimientos parecían multiplicarse por la visita del dictador Jorge Videla a Rosario, por el día de la Bandera.

Alfredo buscó algo de ropa, la puso en una mochila y se fue antes de que volvieran los padres, que habían ido al cine Urquiza, a dos cuadras.

Esa misma noche la policía se presentó en la casa de la familia, encabezada por Agustín Feced y Raúl Guzmán Alfaro, los jefes de la policía de Rosario y del Servicio de Informaciones.

—¿Esta es la casa del terrorista Alfredo Rosano? —vociferó Feced—.

El procedimiento tenía visos de legalidad: hubo testigos y un policía mecanografió un parte.

La búsqueda se concentró en la habitación de Alfredo y en el fondo de la casa, donde estaban los ejemplares de *Evita montonera* y otras publicaciones, y había un mimeógrafo.

—Yo estaba tan nerviosa que no podía parar de llorar —recuerda Susana Rosano—. Feced me decía: “si no decís dónde está tu hermano, te vamos a llevar al sur”. Y yo creía que hablaba de una cárcel en el sur. Al final les dijeron a mis viejos que ningún hermano de un subversivo era inocente y que me llevaban con ellos, hasta que le dijéramos dónde estaba Alfredo.

Susana pasó un mes detenida-desaparecida en el subsuelo del Servicio de Informaciones, el centro clandestino que funcionaba en pleno centro de Rosario.

Alfredo ya no pudo volver a su casa. Se mantuvo en contacto con la familia a través de compañeros que transmitían sus noticias o armaban algún encuentro con los padres o con Susana.



Los padres intentaron convencerlo para que se fuera de Rosario. El campo del tío Dante, en Leones, apareció en un primer momento como un refugio posible. También hicieron gestiones para un viaje a Perú. Carlos Rosano había trabajado como médico en la obra social de Fabricaciones Militares, en Fray Luis Beltrán, y trató de buscar algún contacto que lo orientara en medio de la situación.

Alfredo no quería irse, ni dejar la militancia. Volvió a verse con sus padres y con su hermana de manera clandestina, bajo complicadas medidas de seguridad. Susana le pidió la casa a un ex novio, en Francia y Zeballos, para que hiciera una reunión con sus compañeros, donde planificaron una pintada para el 7 de septiembre.

La pintada tendría lugar en la esquina de Corrientes y La Paz, pero no llegó a realizarse. Antes de que pudieran empezar, un auto apareció a toda velocidad por Paraguay y dos de sus ocupantes abrieron fuego con escopetas Itaka. Julio César

Rossi, *Lalo*, murió en el lugar, y Ricardo Amarilla, el *Negrilo*, fue secuestrado y permanece desaparecido. Eran militantes que habían llegado poco antes a la ciudad desde la provincia de Chaco.

—El 12 de septiembre llegué a mi casa y encontré a mi papá llorando –recuerda Susana Rosano—. Un militar le había dicho que, después del atentado del día anterior, contra los policías que volvían de un operativo en la cancha de Central, la orden de Feced era que no caía nadie más vivo.

En la mañana del 16 de septiembre, un llamado anónimo avisó a la familia que Robin había sido secuestrado la noche anterior por la policía. Esa misma mañana supieron que los policías también se habían llevado al profesor de matemáticas de Alfredo, por el hecho de haberlo alojado una noche.

Como otras madres de desaparecidos, Susana Beltrami fue a comisarías y presentó hábeas corpus. También se ocupó de descartar un arma que había quedado entre las cosas de Alfredo y que arrojó al laguito del parque Independencia. Falleció el 25 de noviembre de 1976, después de sufrir un aneurisma. Tenía 48 años.

Ese mismo día la patota de Feced volvió a allanar la casa de la calle España. En abril de 1977, Susana y su padre supieron a través del juez Patricio Lara que Alfredo había sido asesinado poco después de su detención y que su cuerpo, encontrado en un camino vecinal de Santa Teresa y objeto de un sinuoso trámite judicial, se encontraba enterrado como NN en el cementerio de Santa Teresa.

Al ser hallado, Alfredo llevaba el mismo pulóver rojo que tenía cuando se vieron por última vez con Susana, en un bar de avenida Uriburu y San Martín.

Alfredo estaba enojado por la brutalidad del primer allanamiento policial en la casa de la familia, y por lo que había sufrido su hermana al ser llevada al centro clandestino. Pareció demorar la despedida, como si quisiera grabar en la memoria las imágenes del encuentro.

La memoria propia, la de su hermana, y la de quienes comenzarían a conocer su historia.

\*\*\*



## Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

*Dejame que te cuente* es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

**Dirección del proyecto**

Lucas Almada

**Diseño gráfico**

Valentina Militello

**Redacción**

Oswaldo Aguirre

**Edición y corrección de textos**

Daniel Fernández Lamothe y Pablo Bilsky

**Coordinación General**

Viviana Nardoni



museo de la  
memoria

